TEOSOFIA

VOLUMEN II JUNIO 1933 NUMERO 6

S U M A R I O

TEOSOFIA

REVISTA MENSUAL

Continuación de las Revistas «EL LOTO BLANCO» y «SOPHIA»

Francisco Brualla, Administrador

Suscripción anual: DOCE pesetas para todos los paises

Dirección y Administración: Plaza San Miguel, 3, 1.º
BARCELONA

Las suscripciones pueden empezar en cualquier tiempo

¡ESTUDIE TEOSOFIA POR CORRESPONDENCIA!

El Centro de Estudios «SOPHIA» ha sido fundado para poner al alcance de los estudiantes españoles e hispano americanos los cursos sobre Filosofía Esotérica (Teosofía, Ocultismo, etc.) dictados por la ARCANE SCHOOL de Nueva York. Los cursos fundamentales son:

1. - CIENCIA DEL ALMA

El estudio de este curso tiene por objeto que el estudiante:

1. *Alcance el conocimiento de sí mismo.*
2. *Adquiera una filosofía práctica de la vida, aplicable a la solución de sus problemas individuales.*
3. *Adquiera la preparación necesaria para cooperar inteligentemente en la solución de los problemas humanos y en el plan de evolución mundial.*

2. - CIENCIA DE LA MEDITACION

Este curso tiene por objeto la formación del carácter del estudiante y el desarrollo de sus facultades intelectuales y poderes espirituales, mediante la práctica científica de la meditación, de acuerdo con un plan graduado.

PIDAN EL PROSPECTO AL

CENTRO DE ESTUDIOS "SOPHIA"

APARTADO 543 *BARCELONA (España)*

TEOSOFIA

REVISTA DE SINTESIS ESPIRITUAL

SE PUBLICA EL DIA
1.º DE CADA MES

Continuación de EL LOTO BLANCO y SOPHIA

FEDERICO CLIMENT TERRER, Director

La responsabilidad de los artículos firmados corresponde
a sus autores y a los traductores en las traducciones.

VOLUMEN II | JUNIO 1933 | NUMERO 6

RECUERDO A H. P. B.

Por Ramón Maynadé

Leído en la fiesta de El Loto Blanco celebrada por las Ramas de la S. T. E. de Barcelona, el día 8 de mayo de 1933 en ocasión del 42.º aniversario de la desencarnación de H. P. B.

Mucho se ha dicho y repetido en el transcurso de los últimos 42 años acerca de una de las figuras de más relieve del espiritualismo moderno y de las enseñanzas transferidas a un mundo en plena crisis religiosa, cristalizado en un materialismo científico y social.

Nunca como ahora atravesó el Occidente tan grave crisis de espiritualidad, consecuencia derivada de la brutal destrucción de la civilización druídica en las Galias por el César romano, refrendada después por la invasión norteña de los bárbaros.

Vino el Cristianismo a restaurar el decadente espíritu pagano, lo cual logró en parte durante los dos primeros siglos de nuestra era, pero en el tercero, la nueva teocracia poderosamente ayudada por el emperador Constantino en su afán de poder y de riqueza, siempre creciente, fué destruyendo aquella espiritualidad que dejara en la tierra la sublime figura de Jesús, todo saber, pureza y abnegación.

Hace más de quince siglos que el Occidente está en tinieblas, varias almas nobles se convirtieron en artorchas de luz derramando los efluvios del espíritu cristiano, pero pagaron con el sufrimiento y la vida su admirable abnegación, perseguidos tenazmente por el implacable poder teocrático.

Pero todo tiene su fin, y llegó el día en que el poder civil substituyó al teocrático y un rayo de libertad permitió hacer más libre al pensamiento.

Sonó la hora kármica en que el espiritualismo resonara en las hasta entonces cohibidas conciencias, en forma no de creencia ciega, productora siempre de fanatismo, sino iluminado por el «Gupta Vidia», la sabiduría secreta de los siglos, dada como nunca al libre exámen de las inteligencias.

Y el portador de la luminosa antorcha de la «Vidya» o «Teosofía» fué la gran H. P. B. elegida para tal misión por la excelsa «Fraternidad Blanca» la gran protectora de los humanos.

Levantar la antorcha de la espiritualidad en una humanidad tan perturbada de egoísmo como es la nuestra, en el Occidente, es obra de titanes; solo una voluntad gigante, dispuesta a luchar y a resistir hasta la muerte, podía efectuar semejante empresa. La «Fraternidad Blanca» confió tal misión a Blavatsky, y ella impuesta del sacrificio, aceptó por amor a sus semejantes y por profunda veneración a los excelsos seres que componen la Fraternidad.

Tanto fué así, que durante cuarenta años estuvo H. P. B. en relación contínua con su predilecto Maestro K. H. que confortaba a su discípula con cartas y mensajes, una de las cuales contenía el siguiente fragmento :

«No estoy libertado de los lazos terrestres, aún me siento atraído hacia ciertos hombres con preferencia a otros, sin que se me hayan extinguido las predilecciones de amistad hacia los seres más inmediatos a mí, ni tampoco un ardiente patriotismo por el país en que últimamente he tomado cuerpo.»

Blavatsky, como fiel discípulo y servidor incondicional de tan gentil y distinguido Maestro, quiso seguir su norma, sirviendo personalmente a la humanidad impulsada por un sentimiento universal.

Este contacto con los hombres constituyó su calvario; la incomprensión y el egoísmo fueron siempre los azotes de todos los seres generosos que laboraron por los ideales de redención.

A medida que transcurran los años, el sacrificio de H. P. B. irá siendo más fecundo en resultados y la espiritualidad dulcificará las amarguras que por su limitación sufren los humanos en la dura mansión terrena.

Rindamos una vez más, en tan señalado día, tributo de gratitud a tan abnegado ser, y en nuestra modesta esfera, en lo que permitan nuestras posibilidades, laboremos para que su obra dé los frutos equivalentes al admirable sacrificio por ella realizado.

Cada religión es una joya con su color propio; cada iglesia es una piedra preciosa con su propio matiz; todas las utiliza el joyero poderoso para formar la diadema con que coronará a la humanidad, El usa cada alhaja con su color propio sin pretender hacerla igual a su vecina, sino más bien diferente; cuanto más diferente mejor. El las une con el hilo de oro del Amor; y las engarza en la montura del Conocimiento, rematando la diadema con el Kohinoor de la Sabiduría Divina, el diamante blanco que sintetiza todos los colores y no un matiz solo. Tal es la corona del futuro; la diadema que Dios prepara para la Humanidad.

ANNIE BESANT

Contribución del naturismo a la cultura espiritual [1]

Por J. DEMARQUETTE

¿HACIA qué ideal debemos orientarnos? ¿Qué conviene asignar como objetivo a la actividad humana?

Somos hombres en presencia de la vida. Para nosotros, su finalidad consiste, a la vez, en la elevación de la conciencia humana y en la organización del medio en que nos hallamos.

Cuando damos una ojeada a las grandes empresas, a las poderosas corrientes de la vida económica, a las magnas organizaciones industriales, gravemente amenazadas por la crisis actual, no nos entristecemos en balde constatando el derrumbamiento de la vieja sociedad basada en la producción de la riqueza, en la abundancia casi ilimitada de la producción, en la superproducción, en la supercapitalización, en la riqueza.

Nosotros creemos, por el contrario, que esta crisis es necesaria y salutífera y que, lejos de presagiar la destrucción de todo el edificio civilizado, puede constituir las primicias, en cierto modo, de la creación de una vida mejor sin apelar para ello a los furores revolucionarios, a las matanzas, a las orgías sangrientas que la antigua humanidad conoció con harta frecuencia siempre que un orden social fallido debía franquear el paso a un orden social nuevo.

El naturismo se presenta hoy como uno de los medios de salvación ofreciendo a los hombres el espectáculo de una sociedad ideal en la que los hombres habrán desenvuelto las capacidades de su espíritu, habrán abandonado sus hábitos grosero y malsanos y huído de las urbes tentaculares para sembrar la tierra de pequeñas ciudades-jardines en las que las casitas de blancos muros, de ventanas verdes y de techos rojos perfilaríanse sobre el verdor de los bosques. Los naturistas trabajarían penosa, pero gozosamente en los productos simples de la tierra necesarios para asegurar los medios de vida. Y con el bienestar del cuerpo esta producción proporcionaría a los hombres el bienestar del alma. El trabajo dentro del marco majestuoso y noble de la naturaleza aportaría a todos la salud y la libertad.

---

(1) Extracto de una conferencia dada el 20 de noviembre de 1932 en el local de la S. T. de Francia.

Cuando pensamos en el naturismo y en sus objetivos aparece éste a menudo como una especie de fresco polinesio; gente viviendo bajo un cielo puro, al aire libre, en una simple realización de vida, con pocas necesidades plenamente atendidas, viviendo una vida agradable y exenta de preocupaciones.

Es este, sin embargo, un concepto superficial y un poco simplista del naturismo. No es el naturismo en sí el que conviene definir, sinó el movimiento naturista o mejor aún, de los naturismos.

En efecto. Existen en el seno del movimiento naturista, numerosas tendencias, desde las más superficiales y fragmentarias hasta los más serios y profundos esfuerzos para dar una sólida y completa orientación a la vida moderna.

Desde hace algunos años, debido a una exacerbación de ciertas tendencias, se confunde más y más el naturismo con el desnudismo. Contra ello debemos ponernos en guardia.

Conocéis ya lo que caracteriza a la mayoría de personas que se intitulan desnudistas: aléjanse durante unas horas, en los días festivos, al campo. Liberados de toda traba e indumento, practican los baños de sol, la gimnasia, en una promiscuidad más o menos agradable, de ambos sexos. Pasado lo cual se visten de nuevo, se restituyen a sus casas respectivas y durante el resto de la semana viven la vida vulgar y corriente.

El verdadero naturismo, por el contrario, es la voluutad de transformar la vida, de orientarla de acuerdo con las normas de la naturaleza, acordándolas con las leyes de la Vida. La pigmentación de la piel, por importante, necesaría y útil que sea, no es más que un leve aspecto del gran problema.

Así pues, al lado de los naturistas superficiales, los desnudistas, hallamos hombres impulsados preferentemente por asuntos de utilitarismo práctico, particularmente por consideraciones de orden social. Vemos, por ejemplo, buen número de anarquistas y algunos socialistas, preocupados por la profunda verdad contenida en el antiguo estoicismo clásico, que basaba la felicidad en la reducción de necesidades para satisfacerlas de manera segura, opuestamente a la teoría de aumentarlas sin la perspectiva de lograrlo. Víctimas de la ciudad han intentado una reducción de tales necesidades para substraerse a lo que llaman la explotación del capitalismo.

Esta mira ha creado el aspecto socializante del naturismo y sus postulantes sustentan muy diversas tendencias.

Otros hay que van más lejos y pierden toda medida, preconizando el retorno completo y radical a la naturaleza. Para ellos no se trata solamente de abandonar lo superfluo, lo inútil, sinó que

cercenan todo lo posible. Proscriben el lujo, la fantasía y todas las necesidades que no son absolutamente fisiológicas. Proscriben con acierto, el lujo pero con él eliminan también la civilización, la belleza, el arte. Todo ello no tiene valor alguno para el hombre y de nada sirve para protegerle contra la intemperie.

En realidad estos hombres cuyo ideal consiste en volver no al ideal sustentado por el estoico, sinó al proclamado por el cínico (que como demuestra la etimología de la palabra es sinónimo de perro) no son los verdaderos naturistas. Para ellos el hombre no es más que un animal y su ideal consiste en vivir como ellos.

Al lado de esta tendencia pueril, exagerada, existe el más divulgado movimiento naturista, más racional, con bases no solamente sociales, sinó médicas, idealistas. Es el movimiento naturista que ansía conducir la humanidad hacia a una mayor salud, a un superior equilibrio, despojando al hombre de los hábitos insanos y perjudiciales e inculcándole prácticas y costumbres que contribuirán a hacer su vida tan agradable como útil.

Este naturismo, que escruta su propia vida, se orienta hacia la creación del edificio de la vida nueva, concediendo legítima plaza a la búsqueda de la belleza y de la comodidad en cuanto tienen de deseable. Estos ideales los proclaman la mayor parte de las ligas naturistas.

La Sociedad Vegetariana Francesa, fundada por el Dr. Grand, miembro de la Sociedad Teosófica, declaró que, en efecto, por *vegetarismo* no debía entenderse solamente la práctica de la alimentación vegetal, sinó que la palabra representaba la global idea de su raíz latina «vegetus», ser fuerte.

Pero yo quisiera hablaros esta noche de un aspecto del naturismo que sobrepasa considerablemente esta tendencia hacia la vida simple, feliz y sana mediante el equilibrio, la paz y la armonía.

En efecto, la mayoría de los naturistas de que os he hablado, parten de ideas dadas, sin poner en práctica la crítica y el análisis. No aportan nuevas teorías del conocimiento, nuevas reglas del espíritu. Son naturistas groseros, sensoriales, que aceptan la naturaleza como un don de los sentidos para la experiencia práctica. Pero éste no es en verdad el naturismo filosófico.

Por el contrario, un naturismo filosófico debe preguntarse de antemano en qué consiste la esencia de la vida humana que vivimos, la esencia de la naturaleza a la cual queremos aproximarnos. Siguiendo esta senda un individuo de espíritu filosófico empieza a prepararse para la vida nueva que ansía vivir. El mejor medio para ello consiste primero en adquirir el conocimiento de estas verdades fundamentales.

Permitidme, a propósito de ello, que os relate un acontecimiento de mi vida. Antes de hallar a Sir Aurobindo Ghose, en Pondichery, fuí a Calcuta donde obtuve el privilegio de ser presentado a otro gurú que sus discípulos consideraban un Mahatma. Cuando supo que yo estaba consagrado al movimiento naturista, pronunció esta frase: «Para conocer y servir a la naturaleza, es necesario meditar antes sobre los cinco elementos».

En verdad, para practicar el naturismo es necesario antes reflexionar sobre la naturaleza a la que deseamos aproximarnos.

Existen en nosotros dos naturalezas: una animal y otra humana. Para nosotros, hombres, el naturismo será la actualización de la naturaleza humana.

Tres son los aspectos que constituyen la esencia de esta humana naturaleza: una tendencia moral hacia la armonización con las vidas de otros hombres que se manifiesta mediante el altruísmo, por la conciencia social; una tendencia hacia la creación manifestada por su actividad con frecuencia desordenada; y por fin por una tendencia hacia la comunión con los principios trascendentales de la vida universal, lo que hizo proclamar al filósofo que el hombre era un animal metafísico.

El más grave obstáculo para la desaparición de la crisis actual, la causa más grande del desastre presente, por decirlo de otra forma, se halla en el desequilibrio constante acentuado entre la actividad espiritual del hombre y su actividad material sin freno, la que engendra sin cesar las máquinas, los útiles, las complicaciones, las necesidades y rodajes nuevos en la vida social, cada vez más espesa, más intrincada, más difícil de vivir.

El naturismo ofrécese como uno de los medios de salvación del espíritu, a condición, como se supone, de entenderse en su más completo significado.

El naturismo asegura la salud completa a sus discípulos. Una excelente salud física vosotros lo sabeis, es una condición de importancia, casi diré imprescindible en el tratamiento espiritual; y es inútil por no decir peligroso para un hombre enfermo, dedicarse a ciertas prácticas admitidas en algunos centros de ocultismo.

Al convertirse al naturismo, abandonando el individuo la tercera parte de las necesidades actuales, que no son más que necesidades ficticias, disminúyense considerablemente la intensidad de la lucha por la vida, la presión de las necesidades económicas y por tal medio se gana simultáneamente la expansión y ia tranquilidad interior necesarias e indispensables para la vida del espíritu.

Por ello, comprenderéis que el naturismo se muestra como un

coadyuvante importantísimo en la cultura espiritual y coloca la hombre del siglo xx en el cuadro preciso, en las condiciones más favorables para el logro de la paz interior y de la serenidad que paulatinamente le conducirán a la percepción de las sutiles y misteriosas llamadas de la vida infinita que subyace en él como en todo lo creado.

En todas las escuelas espiritualistas, como sabéis, se requiere al estudiante deseoso de comprender lo real, de familiarizarse con lo atañente al espíritu y comunicar con él, que alcance antes la libertad interior y el dominio de la personalidad subyugando sus pasiones. Si en ello consiste el primer paso que debe dar el estudiante en el espiritualismo, es también la más difícil de las condiciones llegar a reducir lo que yo llamo la colección de fieras interiores, los animales ridículos o peligrosos que permanecen dentro de nosotros: el zorro, el tigre, el mono, el cerdo, el pavo real, el pavo de Indias, el carnero. Porque toda esta colección se halla en nuestro ser humano ordinario. Estas fieras interiores buscan constantemente la ocasión de manifestarse, de patentizarse, de hacerse oir y de atraer la atención sobre su presencia.

Tanto por la resistencia contra las pasiones y ciertos hábitos dañinos como por la creación de hábitos nuevos y útiles, el naturista desenvuelve su voluntad y alcanza esta libertad que es la preliminar condición para percibir la voz interior, la voz del silencio.

El verdadero naturismo conduce cada vez más al hombre a la búsqueda del campo, la naturaleza, desechando cuanto existe de artificial, de corrompido, de pernicioso en las urbes tentaculares. Y este naturismo orienta al alma no solamente hacia una vida conforme con las leyes, sinò hacia la comunión con la Vida, fin esencial de la cultura espiritualista.

El naturismo preservará a sus adeptos espiritualistas del peligro a que se exponen los ocultistas de salón, que se esfuerzan en alcanzar la cultura del espíritu al través del silencio de su cámara. Estos se exponen al gran peligro de buscar el progreso espiritual para si mismos caminando por tal medio, sin quererlo y sin saberlo, por la senda que conduce al fin a la llamada magia negra. En una palabra: fortaleciendo el egoísmo y la personalidad.

Esforzarse en el progreso personal, en el aumento del propio nivel espiritual, es todavia un acto de personalidad y de egoísmo, el más peligroso acaso de los egoísmos, porque es de naturaleza sutil y puede conducir (los teósofos no lo ignoran) a la intensificación del «Guardián del Umbral» reforzando las resistencias que es preciso vencer para llegar por fin a la iniciación suprema, a la

completa comunión sin trabas entre el sujeto humano y el objetivo divino, en la comunión íntima de lo finito con lo infinito, de lo relativo con lo absoluto.

Esta comunión, vosotros lo sabéis, se halla retardada por el «Guardián del Umbral», es decir, por los automatismos semi-espirituales de los aspectos superiores de nuestra conciencia personal.

Guiando al hombre hacia la investigación de la naturaleza, retornando a ella para admirar el magnífico y vario panorama de las estaciones, de los ciclos gloriosos, recorriendo la gama de sus colores, de sus formas, de sus exaltaciones vitales, el naturismo realiza un beneficio inmenso.

El naturismo que se orienta hacia el espectáculo magno y prodigioso del universo, que extiende su noción de la naturaleza, su fervor de la naturaleza hasta las estrellas, las nebulosas, los cúmulos esterales, las vías lácteas más lejanas; el naturista que siente cuanto vemos y cuanto no vemos, la magnificencia de los seres y de las cosas que nos envuelven y el esplendor de la Vida que las anima, deviene cada vez más consciente del sentido de lo infinito, y al cumplir la voluntad divina contribuirá al advenimiento del Reino de Dios.

(Trad. de «La Revue Théosophique» por P. M. M.)

La inteligencia es un deslumbrante velo que precisa saber desgarrar para descubrir las perspectivas del espíritu. Entonces nace la Sabiduría que es la relación exacta del alma con el objeto de su conocimiento que es ahondar en la vida interior para mejor penetrar tras las significaciones de lo externo.

MEYNARD

Teosofía Astronómica

Por Federico Climent Terrer

VI

Una vez descubierto el movimiento propio de las estrellas se desvaneció el error que durante tantos siglos la creyera fijas, hoy está matemáticamente demostrado que nada hay fijo en el universo, que todo nace, crece, vive, muere y resurge a nueva forma y nueva vida en incesante variación y movimiento.

El cielo astronómico no tiene límites. El número de sistemas solares es indefinido y todos están regidos por la misma ley de gravitación universal. El espacio es infinito y el tiempo es eterno. ¿Qué hay más allá de donde alcanzan los telescopios? Otros sistemas de soles dobles, análogos y tal vez más sorprendentes que el de los globos solares de *Capella,* cuyo desdoblamiento ha causado la admiración de los astrónomos.

El *Sol* que nos alumbra es una de tantas estrellas de la Vía Láctea. Es el centro del sistema a que pertenece nuestro planeta. Expongamos sus principales características en números redondos:

Diámetro: 1.389,000 kilómetros.
Circunferencia máxima: 4.361,000 kilómetros.
Superficie: 6.000,000 kilómetros cuadrados.
Volumen: $1,408_2 238,000_1 000,000$ kilómetros cúbicos.
Peso: Dos septillones de toneladas.
$(2_7 000,000_6 000,000_5 000,000_4 000,000_3 000,000_2 000,000_1 000,000)$.

En el Sol la fuerza de gravedad o peso de los objetos es 27'62 veces mayor que en la Tierra. La energía emitida por el Sol equivale a un septillón de caballos de vapor. Es el manantial de luz, calor, electricidad, magnetismo y de cuantas modalidades energéticas actúan en los planetas. Los astrónomos calculan que aún tiene el Sol virtualidad sobrada para seguir irradiando de su masa esa misma energía durante *cien mil millones de años.*

Esta enorme masa de estupendo volumen y peso, no está fija y quieta en un punto del espacio como quicio del sistema, sino que gira sobre sí misma con movimiento de *rotación* en veinticinco días y medio de nuestro cómputo terrestre, y al propio tiempo recorre el espacio con movimiento de *traslación* a la velo-

cidad de noventa mil kilómetros por hora, arrastrando consigo, además de su propio peso, a todos los planetas con sus satélites.

Aunque la ciencia no lo ha descubierto todavía, la intuición nos convence de que nuestro Sol con todo su sistema, no es más que un *planeta* multiplemente satelizado de otro sistema solar, alrededor de cuyo lejanísimo centro gira en una órbita inconcebiblemente dilatadísima.

Las características y movimientos del Sol están hoy determinados con matemática evidencia; y al meditar sobre ello, ¡cuán mezquino y grosero aparece el concepto que el vulgo antiguo tuvo del cielo astronómico! Conocidas las leyes de la gravitación y los fundamentales principios de la mecánica racional que son otras tantas leyes divinas, resulta disparatadamente absurdo que Josué parase el sol ni que la sombra retrocediese diez grados en el reloj de Acaz.

El sofisma de que *para Dios nada hay imposible* con que los literalistas presumen aseverar dichos pasajes bíblicos, es tan deleznable, que ni siquiera vale la pena de refutarlo. No hay más que calcular las consecuencias cinemáticas de la detención del Sol para reconocer que anularlas equivaldría no a suspender o alterar, sino a *contradecir* todas las leyes de la naturaleza, con el absurdo de que una cosa pudiese *ser y no ser* al mismo tiempo.

Quienes dicen que para *Dios nada hay imposible,* que respondan si Dios *puede* mentir, engañar, convertir en verdad absoluta un error manifiesto y hacer que una esfera sea a la vez una pirámide. Dios es incompatible con el absurdo.

Pero no desmerece en lo más mínimo el concepto de Dios al negar que Josué detuviera al Sol en su velocísima carrera de noventa mil kilómetros por hora. Al contrario, se realza y engrandece hasta el infinito, y disculpamos a los pueblos antiguos que adoraron al Sol creyéndole el supremo Dios, porque de él recibían la vida material.

No andaban del todo extraviados aquellos heliólatras, pues aunque no es el Sol un dios ni están los tiempos para resucitar el sabeísmo, bien pudiera ser el *cuerpo material* del *Logos* o Dios que preside y gobierna nuestro universo.

De nuevo advertimos la correspondencia entre lo físico y lo metafísico, entre el cielo astronómico y el cielo espiritual, entre la Astronomía y el Espiritualismo.

La ciencia afirma y demuestra que todos los astros del sistema reciben su vida de la energía solar, y en realidad cabe decir que en el Sol y por el Sol viven y se mueven y tienen su ser.

Lo mismo exactamente ocurre en el orden espiritual con los

pobladores de los planetas, y por lo tanto, con los seres humanos que pueblan la Tierra, de quienes dice San Pablo :

> Porque en Dios vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser. (Hechos de los Apóstoles, 17 : 28.)

Los científicos están ya de acuerdo en que la luz, el calor, la electricidad, el magnetismo y cualesquiera modalidades de la energía solar que vivifica nuestro minúsculo universo, son vibraciones más o menos rápidas de la *materia física atómica*, o sea de los ultérrimos átomos físicos, llamados por la ciencia electrones, cuya sucesiva y cada vez más complicada agrupación engendra la diversidad de elementos químicos.

Pero si la luz, la electricidad y demás variaciones vibratorias de la materia atómica constituyen la energía, parece como si diésemos la razón a los materialistas del pasado siglo, quienes ya barruntaron la identidad de la materia y la energía. ¿En dónde queda ni para qué sirve entonces el espíritu? ¿Qué falta hace Dios si la materia tiene en sí la energía atribuída por la ignorancia a un Dios que nadie ha visto?

> A Dios nadie le vió jamás. (San Juan, 1 : 18.)

Sin embargo, aunque los ojos corporales no le vean, el corazón lo siente, la intuición lo presiente, el entendimiento lo concibe sin comprenderlo y la razón auxiliada por la fe se inclina a crecer que la *material* energía vivificante de los mundos irradia del *cuerpo físico* del Logos, y que la *espiritual* energía vivificante de las almas irradia del Espíritu de Dios. El Sol material y sensible es sin duda el *cuerpo* del Sol de los ángeles o Sol espiritual, por otro nombre Dios.

Mercurio es el primer planeta del sistema, según vamos del centro a la periferia. Es el planeta más cercano al Sol. He aquí sus principales características :

Diametro : 4,715 kilómetros.
Volumen : 54,163$_{1}$000,000 kilómetros cúbicos.
Peso : 300$_{3}$000.000$_{2}$000,000$_{1}$000,000 toneladas.
Distancia del Sol : 58$_{1}$000,000 kilómetros.
Revolución anual : 87 días 23 h. 15'46".
Revolución diurna : 24 horas.
Velocidad : 170,000 kilómetros por hora.
Órbita : 356$_{1}$000,000 kilómetros.

Recibe Mercurio siete veces más energía solar que la Tierra, y por lo tanto. siete veces más luz.

Algo esotérico vislumbraba la intuición de Dante al colocar en Mercurio el segundo cielo, porque según afirman los teósofos, es uno de los planetas en que los espíritus han de proseguir su evolución después de terminada la etapa terrena y este mismo concepto parece descubrirse en el siguiente pasaje de Isaías:

> Y la luz de la Luna será como la luz del Sol, y la luz del Sol *siete veces mayor,* como la luz de siete días, el día que soldará el Señor la quebradura de su pueblo y curará la llaga de su herida. (Isaías, 30 : 26).

Soldar la quebradura y curar la llaga significa en razonada interpretación un estado de conciencia muy superior al que el espíritu tiene en su encarnación humana, y cuando llegue a dicho superior estado morará en Mercurio, desde donde se ve brillar el sol con séptuple intensidad que desde la Tierra.

El astrónomo Le Verrier, que compartió con Adams el descubrimiento de Neptuno, insinuó la posibilidad de que más cercano al Sol girara otro planeta al que puso el nombre de *Vulcano.* Fundaba esta probabilidad en las perturbaciones que experimenta Mercurio, las cuales no pueden derivar de otra causa que de una vecina masa planetaria.

Sin embargo, a pesar de las frecuentes exploraciones realizadas por los astrónomos para evidenciar la existencia de este hipotético planeta, no ha sido posible distinguirlo, acaso por su pequeñez o por la dificultad de la observación visual en aquellas regiones donde deslumbra la luz del Sol.

Venus, el segundo planeta del sistema, tiene las siguientes características:

Diámetro: 12.615 kilómetros.
Volumen: 1$_2$050,762$_1$200,000 kilómetro cúbicos.
Distancia al Sol: 108$_1$000,000 kilómetros.
Revolución anual: 224 días 15 h. 49' 8".
Rotación sobre su eje: 23 h. 21'.
Velocidad: 126,000 kilómetros por hora.

Si comparamos estas características con las de la Tierra, veremos que los dos planetas parecen hermanos, pues tienen aproximadamente el mismo tamaño y se mueven con poca diferencia de velocidad.

Dante coloca en Venus el tercer cielo y los teósofos nos dicen que es la madre espiritual de la Tierra, porque está habitado por

seres muchísimos más adelantados en su evolución, o sea en un estado de conciencia muy superior al del término medio de los terrícolas.

Supone Dante que en Venus gozan de su relativa felicidad los que en el mundo terrestre fueron inclinados al amor. Los teósofos afirman que de Venus descendieron a la Tierra los seres superiores que encarnaron en las personalidades de los antiguos reyes divinos con el amoroso y compasivo propósito de auxiliar a la incipiente humanidad terrena y enseñarles los fundamentos de las artes, oficios y ciencias de útil aplicación en la vida.

Después de Venus sigue la *Tierra,* cuyas características son:

Diámetro: 12,742 kilómetros
Volumen: 1$_2$083,260$_1$000,000 kilómetros cúbicos.
Superficie: 511$_1$000,000 kilómetros cuadrados.
Peso: 5,300$_3$000,000$_2$000,000$_1$000,000 de toneladas.
Revolución anual: 365 días 5 h. 48' 47".
Revolución diurna: 23 h. 56' 4".
Longitud de la órbita: 936$_1$600,000 kilómetros.
Velocidad: 106,000 kilómetros por hora, o sean 30 kilómetros por segundo.

La *Luna,* satélite de la Tierra, tiene las siguientes características:

Diámetro: 3,440 kilómetros.
Volumen: 213,144$_1$952,672 kilómetros cúbicos.
Distancia a la Tierra: 384,000 kilómetros.
Revolución alrededor de la Tierra: 27 días 7 h. 43' 11".
Velocidad: 3,660 kilómetros por hora.
Longitud de la órbita: 2$_1$400,000 kilómetros.
Peso: 106 trillones de toneladas.

De los 511 millones de kilómetros cuadrados que mide la superficie terrestre, 384 millones están cubiertos por el agua de los mares y 127 millones por tierra más o menos firme y no toda habitable.

La población humana de la Tierra se calcula en 1,450 millones de habitantes, con unas 300,000 especies de animales y 120,000 de vegetales.

(Continuará)

SE APROXIMA LA ERA ACUARIA

¿Qué mensaje nos traerá?

Por Pepita Maynadé y Mateos

Al naciente grupo de estudiantes de Astrología Esotérica en España, como fraternal ofrenda.

La Astrología da la clave salvadora del malestar social

Antiguamente, el conocimiento de la ley oculta de los ciclos evolutivos se enseñaba en los Misterios mediante la Astrología Esotérica y su conocimiento era patrimonio sólo de algunos elegidos.

Hoy, ya bajo la proyección de la influencia de la constelación de Acuario, se vierte sobre el mundo, sin condiciones ni privilegios, como manantial de gracia, toda aquella ciencia maravillosa justificando precisamente el significado del símbolo de Acuario, el aguador, un joven recio y desnudo que vierte una gran jarra de agua sostenida sobre sus hombros.

Así como cada ser nacido se halla bajo rayos y configuraciones planetarias únicas y este sello estelar se imprime y proyecta después al través de todas las fases de su vida (ambos aspectos de la Astrología se definen como Horóscopo Radical y Horóscopo progresado) así también nuestro Espíritu planetario, entidad órbica evolucionante, tiene también su sello original y la determinación de su karma o destino progresado que se proyecta en la línea evolutiva de la humanidad.

La inquietud, el caos, porque actualmente atraviesa el mundo no es más, en su significado oculto, que el inicio de una nueva etapa de la evolución humana, que el comienzo de un nuevo ciclo de vida. Es el resultado natural de la fusión de dos corrientes internas, de dos dharmas colectivos como si dijéramos: el de la era que fué de Piscis y la que comienza de Acuario.

Según la ley de la precesión de los equinoccios, nos hallamos en el primer decanato de Piscis en el que se suma y entrefunde el influjo del tercero de Acuario. (1)

En nuestro estado de evolución, la suma enriquecida de ambos influjos que para el iniciado es centuplicada fuerza y destello de gracia, para la colectividad humana aparenta a menudo desastre,

---

(1) Téngase presente que el lento movimiento de precisión equinoccial, determinado por el eje magnético de la Tierra movido por la estrella Polar, es inverso al seguido por el Sol al través del Zodíaco desde nuestro punto de vista geocéntrico.

desorientación, inquietud, fracaso. La diferencia no consiste más que en el grado de receptividad psíquica de los individuos. La más delicada melodía al atravesar las etéreas ondas, se torna estridencia repulsiva al ser retransmitida por un receptor inadecuado.

Lo mismo ocurre y aún con mayor precisión todavía, con los influjos siderales.

La brújula que debiera guiar a los teósofos

Siempre, el nacer de un ciclo nuevo de civilización ha sido precedido o ha ido acompañado de un período caótico, de aparente desorientación y retroceso, La explicación de este proceso, desde el punto de vista teosófico, se halla en que la humanidad no está todavía en condiciones de improvisar el traspaso de estos sumados influjos planetarios y de receptivizarse lo necesario para responder armónicamente a su elevador mensaje. De este fenómeno de inadaptación de la receptividad psíquica de la masa con las influencias de los astros deriva la inquietud, el malestar y los extremos contrastes.

Pero para el teósofo, para el ocultista o astrólogo que posee o debiera poseer el conocimiento de las causas que motivan tales cambios, los períodos de traspaso de influencias zodiacales en la Tierra, como ocurre en el presente debiera ser de máximo provecho, de centuplicada fuerza, de aumentada oportunidad y de gloria realizadora.

¿No nos muestra la historia de las hermandades ocultas una mayor incrementación de poder y de servicio durante estos períodos de desorientación de la humanidad y precisamente debido a su sintonización consciente con la fuerza incrementada de los rayos estelares, por la fusión de la influencia de dos signos zodiacales en el oriente cósmico que para los individuos receptivos es a manera de benéfico chorro de vida?

Los ciclos evolutivos según la precesión equinoccial

La Era Acuaria, cuyo influjo estamos ya percibiendo, representa la culminación del gran período de la raza aria que comenzó cuando el sol, por precesión, atravesaba en el equinoccio de primavera el signo de Aries o el cordero.

Dió nacimiento a este gran ciclo ario la religión egipcia heredera de la sabiduría de los atlantes.

Durante el período esplendoroso del antiguo Egipto, el Sol iniciaba el ciclo primaveral en el signo de Tauro, el Toro, que por ello fué el divinizado símbolo de la antigua religión de los faraones. Sabido es que los hierofantes ostentaban en sus mitras sim-

bólicas la serpiente o el águila estilizada, tan popular en la religión egipcia. Estos son precisamente los atributos del signo opuesto de Tauro, Escorpio, que preside siempre en cada era la línea a desenvolver en los centros ocultos. En Egipto, el escorpión marciano, signo por otra parte gobernador del sexo, se convierte, transmutado, en la serpiente (fuego serpentino) símbolo de sabiduría y de poder.

El período siguiente se determinó por el lapso histórico que media de Moisés a Cristo o comienzo del período ario como hemos dicho. Aries representa el cordero y la religión semita fué la religión de los pastores. La norma a exteriorizar por los iniciados de aquel tiempo, fué la ley o la justicia patentizada en las tablas de Moisés y determinada por el signo opuesto de Aries, Libra.

Con Cristo advino al mundo el influjo de una nueva Edad, la señalada en la precesión de los equinoccios por Piscís. Sabido es que los primitivos cristianos tenían por distintivo el pez, y que su tónica mística, de humildad y de servicio, encarnada por sus sacerdotes, correspondía al signo de Virgo, la Virgen, el complementario de Piscis. La adoración de la Virgen, en el mito crístico, no es más que la clara y palmaria confirmación de la astrología esotérica.

Como vemos, pues, la línea ascensional o diamétrica de los signos opuestos nos da a la par la característica externa y la interna del mensaje de cada período astrológico.

Nos hallamos ahora finalizando el período de Piscis y se inicia el de Acuario en que culminará la llamada misión de la raza aria.

Dentro de 700 años y ahora

Dentro de 700 años, la humanidad percibirá de manera plena el influjo de la constelación de Acuario, y seguramente en aquel período tendrán ya realidad patente los sueños de perfección de nuestros idealistas.

Acuario, simbolizado por el Aguador, el hombre que vierte una cántara de agua, representa al hombre del porvenir, vertiendo sobre el mundo el contenido de un depósito espiritual innato que hará fecunda la tierra de nobles realidades.

Acuario se halla regido astrológicamente por los planetas Urano y Saturno, que imprimirán su característico sello a las generaciones futuras. Ya hoy muchos de nuestros niños revelan con antelación las cualidades características de los acuarios, y el mundo se estremece al paso incipiente de una nueva verdad por la que advendrá una civilización más sabia y más sana.

Se ha llamado a Urano el planeta de la democracia, y con ma

yor razón puesto que fué descubierto a raíz de esta nueva oleada de pensamiento en el mundo, al proclamarse los derechos del hombre.

Al sensibilizarse cada día más la humanidad, Urano, el misterioso planeta, influye en los ideales de avanzada. Su postulado son los regímenes de independencia y de libertad propios de una humanidad consciente y emancipada, pero sustentadora de sus complementarias características: un sistema nervioso afinado y espiritualmente receptivo, una grande intensificación de la mente (Acuario es signo de aire o de mente), flexibilidad, adaptabilidad, gran poder de concentración, originalidad. Romanticismo, pero no el romanticismo enfermizo del siglo XIX, sinó más positivista por así decir, más sano. Porque el romanticismo no es más que el sentimiento lírico de la vida.

Intuición, en suma, gran potencial anímico, condensación, individualismo y espíritu de colectividad a un tiempo. Utopía y sentido práctico a la vez. Líneas espirituales definidas y como un himno sacro, la realización del lema que intuyó Alán Leo para el sígno mágico de Acuario, «el servicio social».

He aquí el esquema de las generales características de Acuario gobernado por el maridaje espléndido de Urano, el planeta de la democracia, de la implantación sin normas concretas de la superley del espíritu y de Saturno, el planeta de la realización, de la concentración, del orden paciente. ¡ Qué rica gama temperamental promete la próxima futura humanidad !

Opuestamente, por la estudiada ley de los signos complementarios, Leo, el radiante signo solar, la más cálida y bella sede del zodíaco, será el distintivo de la fuerza esotérica que regirá la vida espiritual de los acuarios. Leo, el simbólico León de Judá de la predicción, hará asiento en el corazón del hombre.

Y con él los ideales de los antiguos griegos harán su presencia en el mundo, glorificando a Apolo encarnado, y los cielos se estremecerán con la tierra de la realización de su belleza integral y esplendorosa.

El lector habrá estudiado por sí mismo el inicio en mil formas de este renacimiento de Acuario. El problema social es su mejor y más fecundo síntoma para un ocultista.

¿Remedios a su actual desorientación? No hay otro que volver los ojos al cielo. Escrutar el complejo postulado de la astrología esotérica. Practicar desde ahora el mensaje ético de la Teosofía, que es sabiduría de los dioses. Que de la cántara pródiga del super-hombre de Acuario se vierte ya, para regalo nuestro, la promesa de un mundo en que tendrán realidad nuestros más caros sueños de perfeccionamiento.

El concepto de Fraternidad en la S. T.

Por J. GARRIDO

LA palabra *fraternidad* deriva de las latinas *frater, fraternitas,* el hermano, la cualidad de hermano. Ser hermano es tener la misma sangre, los mismos padres, participar de la misma vida de familia. Ello no supone, en modo alguno, los mismos gustos, las mismas inclinaciones, la misma experiencia, la misma edad. Ser hermanos es un hecho natural, se acepte o no se acepte, se sienta cariño mutuo o no se sienta. Hermanos fueron los míticos Caín y Abel, y el primero mató al segundo. Hay muchos hermanos que se detestan cordialmente. Pero ello no impide que sean hermanos.

En cierto modo, todos los seres son hermanos, si nos elevamos a un plano lo suficientemente amplio de universalidad. Minerales, vegetales y animales, en cuanto a su parte material, están compuestos de moléculas y estas de átomos. Y como se ha demostrado que estos átomos están a su vez compuestos de *protones* o sea cargas positivas de electricidad, *electrones* o cargas negativas y hoy se agregan los *neutrones* indiferentes, resulta que todos los cuerpos, todos los seres, no son en realidad en este mundo objetivo, más que fenómenos eléctricos. Son, pues, todos hijos de la misma madre, la electricidad, la mater o materia prima, o fluído vital.

Hay dos asociaciones humanas que predican la fraternidad entre los hombres, permitiéndoles una gran libertad de pensamiento y de expresión, dentro de ciertos límites; a saber: la Francmasonería y la S. T. Ambas asociaciones son espiritualistas. La Francmasonería fundamenta la fraternidad humana en la común paternidad de un Ser Supremo, que ella llama el Gran Arquitecto del Universo. La S. T., aunque no tiene dogmas, basa su fraternidad en la existencia de una ley común de casualidad, *Karma*, aspecto dinámico del Espíritu Supremo o Absoluto Parabrham, impulso, aspecto de sucesión, duración o tiempo, verdadera Providencia Suprema, o Padre eterno «envuelto en sus siempre invisibles vestiduras», complementado con la ley gemela de la emanación, de la simultaneidad, de la multiplicidad, de lo potencial o espacial, del espacio, verdadero contenedor matriz o madre de las formas innumerables en que toma cuerpo el *Dharma,* deber o cualidad de los seres, según su naturaleza. El impulso o *karma*, la acción; y la forma—cualidad o *dharma*, forman el Padre Madre, siendo el *Universo* el tercer término de esta trini-

dad, el Hijo de que cada uno de nosotros somos uno de sus aspectos o modalidades, un *Cristos* en el fondo de nuestro ser, en nuestro yo superior o espíritu solar. Este nos impulsa en el camino de la evolución espiritual, o sea el despliegue de nuestras facultades superiores; entendiendo por superiores, aquellas que nos transcienden y tienen una importancia universal, abstracción hecha de las entidades que las manifiestan. La unidad de origen de la especie humana, enseñada por las religiones que conservan vestigios preciosos de la primitiva filosofía, se quebró al animar la mente a tales formas humanas y sumiéronse éstas en la apropiación del mundo físico. Enfocada la atención en la materia física o emotiva, llegaron los espíritus de los hombres al egoismo individualista más desaforado. Pueden ser hermanos, pero aun reconociéndolo en teoría, actuaron como Caines y Judas. Las invasiones, las guerras, las luchas religiosas o dinásticas, la esclavitud, la trata de negros o de blancas, la pugna de clases sociales, han conducido al mundo a un estado de violencia y de desconocimiento mutuo entre los hombres, que tenía que cesar para que el progreso no se detuviera. Porque al lado de un mundo en que los propios progresos materiales tendían a unir, todo conspiraba por el contrario, para separar los espíritus. *En esa dualidad se engendró* la S. T. para dar unas notas de unidad y proclamar que pretendía «crear un núcleo de fraternidad universal o humana, sin distinción de credo, raza, sexo, casta o color».

Debiera la S. T. ser un modelo en pequeño, un núcleo o germen de la humanidad del porvenir unida, fraternal, no separada en capas horizontales de clases sociales o castas, no limitada y dividida en compartimentos estancos, en luchas contínuas, sino penetrada por corrientes de solidaridad y de comprensión mutua, impulsando el estudio de los comunes orígenes y de las facultades latentes en el hombre, cuyo desarrollo ha de espiritualizarle, apartando su atención de la materia densa y del mundo concreto de la manifestación y enfocándola en la materia sutil y prótea, en el mundo de las ideas abstractas y en el dinamismo de la vida universal, como agente colaborador de ella.

Hay quien ha creido que ese núcleo de fraternidad universal que trata de constituír la S. T., significa una contínua reunión física, confundiendo lastimosamente la unión y asociación espirituales, con las físicas. Porque la realidad de este nuestro núcleo no requiere otro contacto que el del alma, que se establece por nuestras revistas, por nuestros libros, por nuestros pensamientos, orientados hacia un mismo fin y comunicando al mundo una especialisima vibración, un *campo eléctrico* o mejor *psíquico*, que

tratamos que se extienda y matice toda la vida espiritual de la tierra. Podemos estar así unidos intimamente con otros hermanos situados a millares de kilómetros y que no hemos visto ni veremos en esta vida. Podemos estar, por el contrario, muy lejos espiritualmente de otros seres, incluso vecinos o seudo hermanos, o que se sienten a nuestro lado y que realicen reuniones físicas continuas con los fines altruistas de propagar a su entender las enseñanzas que han recibido, por medio de monólogos o conferencias al modo de predicadores teosóficos. Todo puede ser útil, todo puede ser aprovechable, en una sociedad como la nuestra, aunque también pueda ser perjudicial y ocasionar más mal que bien. Las gentes profanas nos observan; por lo que lo más eficaz será la ejemplaridad de nuestras vidas, la intimidad y harmonía de nuestras reuniones—aunque sean pequeñas,—la intensidad de nuestros escritos, de nuestros libros, de los pensamientos vertidos en nuestras conversaciones.

Como en Teosofía admitimos en general la existencia de distintos planos o mundos, entrelazados unos con otros, vamos a examinar qué clase de fraternidad es la que se nos pide en la S. T. para formar el núcleo fraternal que es el primero de los objetos de la Sociedad; y si realmente cumplimos con sus exigencias los actuales miembros de la misma.

¿Se formará ese núcleo mejor, haciendo vida en común como los primeros cristianos, comiendo juntos, poniendo en común nuestros bienes? Ya sabemos que aquellas comunidades primitivas cristianas fracasaron, y lo que era fraternidad espiritual, degeneró en abusos de toda clase. La misma cosa ha ocurrido hace bien poco, ocho o nueve años, en los intentos de comunidad física que se han ensayado en la S. T. En Bélgica, un interesante falansterio, fundado por el alma entusiasta de Mme. Héris, fracasó en cuanto falleció la fundadora. Lo mismo ha ocurrido en otros sitios; y aquí en España tenemos bien patente el ejemplo de *El Alcaït.* Gracias que pueda convivirse en campamentos como los de Ommen y Ojai, en que se congregan por un tiempo muy limitado, (seis u ocho días), los partidarios de Jiddu Krishnamurti. Merced a la perfecta organización y a la aceptación de una autoridad espiritual que ya sé que no quiere Krishnamurti, puede realizarse la convivencia; y aún así, no pondría la mano en el fuego afirmando que no existan abusos, Bien está que nos congreguemos de vez en cuando; pero así como en los actos de los cultos religiosos, terminada la ceremonia cada uno se va a su casa y sólo se reunen a diario las viejas beatas, a veces para sacarle tiras de piel al prójimo, así nosotros, dispuestos siempre a prestarnos los

servicios que dignamente puedan prestarse a un hermano espiritual, estamos mejor cada uno en sus habituales ocupaciones y entre las personas de nuestro particular afecto.

Del mundo físico, pasemos al siguiente; al de la emoción y la pasión, al astral o sea al plano de las simpatías y antipatías. ¿Formaremos nuestro gran núcleo de fraternidad humana, guiándonos por esas simpatías y antipatías; advirtiendo a los simpáticos y rechazando a los antipáticos? De ningún modo; nuestra fraternidad, ha de ser superior a esas emociones. Porque puede haber gentes simpáticas que sean funestas en nuestra S. T.; y por el contrario, personas antipáticas, hurañas, reservadas o con cual quiera otra cualidad poco atractiva, que sean empero miembros excelentes de la Sociedad, haciendo verdadera labor útil para el mundo en general y para la S. T. en particular, aunque no agraden a las personas que buscan sólo a los miembros simpáticos y atractivos.

¿Ascenderemos al mundo de la mente, al plano mentral y constituiremos nuestro núcleo de fraternidad con gentes que piensen de igual modo? Eso será formar un partido, una secta; y nosotros pretendemos ser algo más que eso, y englobar en nuestro núcleo a gentes procedentes de diversos campos y aún militantes en ellos, pero que reconozcan el común *origen* del hombre; que traten de *investigarlo* en todas las religiones, filosofías y antiguas ciencias, y que reconozcan también su común *destino* en el educir sus facultades y poderes latentes, que han de ser poderes y facultades normales del hombre del porvenir.

Así pues, ni la convivencia física, ni las simpatías o antipatías ni la comunidad de ideas, pueden servirnos para formar el núcleo que pretendemos. Nuestra Fraternidad no ha de consistir en darnos golpecitos en el hombro, tratarnos de tu y aguantarnos familiaridades y groserías como algunos han entendido. La fraternidad nuestra está en el ideal y en el común esfuerzo para traerlo a la tierra. Allí donde se menosprecie a otros seres humanos por causa de su raza, su color, sus creencias, su ideal político, su clase social o su sexo, allí el verdadero M. S. T.,—solo o ayudado por otros,—ha de propugnar por la libertad y por borrar esas diferencias ante la consideración superior de que todos somos seres humanos, almas en evolución, en *despliegue* de facultades, sea la que fuere la forma externa. El verdadero M. S. T. *combatirá pues toda injusticia, venga de donde viniere* y mucho más si esas injusticia se cometen en su misma Sociedad; porque de muy poco valen aquellos miembros que no sean capaces de defender a sus hh. injustamente atacados, para seguir a improvisados pas

tores, para ponerse quizá así «en candelero», como suele decirse, utilizando viejas y reprobables artes de sugestión, que no son otra cosa en el fondo que magia negra, para conseguir fines personalísimos, nefastos para la vida social. *El defender la justicia y el bien* es pues deber primordial si hemos de formar un verdadero núcleo fraternal, una verdadera S. T.; pues, como decía Annie Besant en un escrito de la revista *Lucifer*, en 1895, (páginas 441 y siguientes) en ocasión en que se produjeron graves disturbios y disensiones en la S. T.: «En cuanto a mí he tratado, con paciencia y lentitud en la acción, de salvar a la S. T. de la disolución,—si pudiera evitarse la ruptura sin pérdida de *la dignidad*. Pero ha llegado ahora el momento de decir: «Mejor es la ruptura que la traición a la Verdad». Una Sociedad que pierde muchos miembros, puede continuar viviendo y creciendo; *pero una Sociedad que cierra los ojos al mal para conservar una paz externa, está condenada.*»

Consideremos a la S. T., como una gran familia. Vivamos como tal familia, no en lo físico, sino en lo espiritual. Que nada que ocurra a nuestros hermanos, a los verdaderos hh. de todo el universo; de Francia, Rusia, América, India o Australia, nos sea indiferente. Seamos la verdadera sociedad internacionalista inmortal, el verdadero *socialismo del espíritu y del amor al bien* sin odio ni prejuicios de clase, ni deseos de dominio en lo físico. Seamos la verdadera sociedad de constructores, ocupados en esculpir nuestras almas, formando nuestros caracteres según nobles modelos y colaborando en nobles empresas. Que nuestras reuniones estén impregnadas de cordialidad, de paz, de simpatía, de sincero deseo de ayudar a los demás por un lado y de recibir con benevolencia sus enseñanzas por el otro, en vez de percibirse, por poco sensitivo que se sea, sorda hostilidad y corrientes psiquicas indeseables, como ocurre en ocasiones. Pensemos en que el aspirante a ocultista no debe asistir a esas reuniones inarmónicas, pues le está vedado reunirse por las reglas sapientísimas del ocultísimo, con quienes no estén en vibración harmónica para llevar a cabo una obra de esta clase. Esto se debe hacer, precisamente en evitación de grandes males, que no pueden por menos de producirse en el mundo de lo psíquico, y de los que huye el verdadero teósofo o el que aspira a serlo, a menos de tener la suficiente fuerza y dominio propio para eliminar todo factor emotivo y mental concreto, lo cual no es siempre posible aunque podamos creer otra cosa. No faltan ejemplos de ello, bien dolorosos.

Cada Rama, compuesta de hermanos, debe ser como una familia. En ella es obligada una cierta convivencia en las reuniones pe-

riódicas y de estudio. Si ha de haber armonía en la vida de la Rama, es preciso que el ideal,—que es el padre común,—esté vivo en todos sus miembros. Miembros tibios, fríos o escépticos son muy perjudiciales para que una Rama tenga vida próspera. El lugar de los M. S. T. que reunan tales características está más bien como miembros libres o sueltos, que como miembros de una Rama Teosófica.

Además de un común ideal, entusiásticamente compartido, los miembros de una Rama deben armonizar entre sí simpáticamente; estar conformes con el historial y la actuación de la Rama y hasta encontrar de su gusto el local en que se reunen y la forma de las reuniones. Cualquiera de estos puntos que se descuide, o en que se produzcan discrepancias, puede ser funesto para su vida. En la Rama de Madrid, por ser la más antigua de España, tenemos sobre esto una ya larga y a veces dolorosa experiencia. Es cosa delicada el permitir el ingreso en una Rama a cualquier M. S. T. *No basta el diploma para ello.*

Si de la vida de una Rama, pasamos a la de la Sección Nacional, las cuestiones personales, físicas y simpáticas, necesarias para la vida de Rama, tienen mucho menor importancia. La relación entre las Ramas, casi exclusivamente está basada en la comunidad del ideal y en el cumplimiento de los preceptos del Reglamento votado por todos. Las Ramas son autónomas y siempre lo fueron. Así pues, ninguna tiene el menor derecho a inmiscuirse en los asuntos de las demás. Tampoco lo tienen los miembros de Junta Directiva de la Sección, más que en lo que se refiere al cumplimiento estricto del Reglamento; cuestiones de cuotas y de documentación anual. En lo demás, nada. En los comienzos de la S. T. las secciones tenían a su frente personas de la confianza de los fundadores, o de reconocida superioridad espiritual. Pero como en todo el mundo, se ha ido sustituyendo ese sistema por el de la elección basada en otras consideraciones; y aun he oido decir al coronel Boggiani, cuando era Secr. Gen. de Italia que hay que dejar los cargos a los jóvenes. De ahí que por diversos motivos, (entre ellos el de tener «*vigor*», como se ha dicho en una revista oficial), se elijan por la masa los cargos, que han venido así a ser puramente administrativos y burocráticos: cuestión de manejo de ficheros, de máquinas de escribir y de multicopistas; pero nada más en cuanto a lo espiritual.

Realmente, cada uno tiene que progresar por sí y quizá sea mejor no tener guías o *leaders* espirituales, como dice Krishnamurti. El progreso, espiritualmente, es como la asimilación del alimento, cuestión individual. Nadie puede correr por uno, ni progresar por uno; es verdad. Pero en una Sociedad, de todos

modos, siempre el aspirante encontrará un ambiente que no tenía; unas almas hermanas, con aspiraciones parecidas, que pueden ver aspectos de nuestros problemas que no percibíamos, o mostrarnos soluciones que no teníamos; unos métodos de trabajo; un elemental, un deber bienhechor, que nos ayudará en nuestras investigaciones y será un escudo en nuestras vidas. Esto, *sí, nos lo puede dar una Sociedad como la Teosófica* y más si tiene ya una larga historia, como la Rama de Madrid, por ejemplo.

Con mucha razón se ha comparado el alma humana a la flor del Loto. Imaginaos un nenúfar o una flor de loto que tuviera un aroma delicioso. Sus raices están en el fango del estanque o del lago; su tallo crece a través del agua, que en el fondo es fangosa y luego cada vez más limpia, siendo pura y cristalina en la superficie. Del tallo arrancan las hojas verdes, que están en la cima, rodeando la flor. Esta se abre a la luz del sol y de su corola se exhala ese perfume penetrante, que hemos supuesto, y que es el mismo en todo el estanque que consideramos. Las flores están apartadas. Sus vidas se nutren del fango por sus raices. Sus tallos atraviesan el agua. Sus corolas, bellas y policromas, están separadas y matizan y embellecen el lugar. La unión está en el aroma sutil que llena al aire, cual esencia de su alma vegetal, y matiza el ambiente, y en la luz, sea la luz del sol, el rielar de la luna, o al centello de las estrellas en noche tranquila. De igual modo, nuestras personalidades están separadas. Su vida material se nutre del fango de la materia, de vidas vegetales o animales destruídas. Su crecimiento se verifica a través del agua cenagosa o pura, de la emoción y de la pasión; de lo astral. De allí arrancan las hojas verdes del pensamiento concreto, que se extienden en la superficie de las emociones refinadas o arrancan de los fondos de la pasión y del deseo. Y en medio de esas hojas flotantes de la mente concreta está el capullo de la flor de nuestro ego, nuestro cuerpo causal, que encierra la semilla de nuevas personalidades en sucesivas encarnaciones. El perfume de esta flor del espíritu, es el punto de contacto de la vida superior a la luz de la sabiduría, que es lo que debe fusionar tan sólo a los M. S. T. en las Ramas y en la secciones, para formar como una nube de incienso purísimo, que ascienda a los cielos y traiga la respuesta de una bendición de lo alto. Esto es lo que yo deseo para esta Sociedad que nos alberga; y para los nuevos miembros que ingresan en ella, que aspiren de continuo a superarse, pensando en que sólo en esta superación, sólo en el cultivo de las cualidades más nobles está la verdadera vida del espíritu, que puede hacer de nosotros algo más que hombres.

EL SENTIMIENTO RELIGIOSO Y SU EXPRESIÓN

Por Francisco Brualla

El sentimiento religioso, innato en todos nosotros, es ese algo de muy difícil definición que nos impele a buscar siempre algo más elevado, más perfecto, mejor, en todo, incluso en nosotros mismos. Es, a mi modo de ver, la manifestación de los esfuerzos que nuestro ser interno hace para expresarse y reflejarse en toda nuestra vida. Siendo esto así, su desarrollo y expresión ha de ser una cuestión puramente individual y las formas religiosas sólo pueden servirle de vehículo muy imperfecto.

Tal como hoy se practica la religión, sus fórmulas son meras manifestaciones externas de dicho sentimiento, manifestaciones que el individuo exterioriza sin comprender, en la mayoría de los casos, su objeto, su razón, ni sus efectos. Son algo que practica por puro convencionalismo y por tanto sin sinceridad.

Se ha dicho que las fórmulas y ceremonias religiosas no solamente no ayudan a quien las practica, sino que por el contrario tienden a desviarlo de su verdadero camino. Esto es únicamente cierto, cuando tales fórmulas y ceremonias se toman como un fin en sí mismas; pero no lo es, si se las considera por lo que verdaderamente son; a saber: medios para un fin.

La finalidad de toda verdadera religión y de sus fórmulas respectivas es ayudar al individuo a establecer la unión con la divinidad de la que procede. Las ceremonias religiosas tienen por objeto elevar la conciencia del individuo a fin de que tal unión sea posible. El mismo objeto y finalidad tiene la práctica de la meditación.

Como sabe todo teósofo, el hombre es un ser compuesto de tres elementos principales, a saber: Una personalidad formada por su parte física, sus emociones, sentimientos y pasiones y su mente, como elemento que llamaremos inferior; un Ego o alma, que llamaremos elemento intermedio, y un Espíritu, Mónada o chispa divina, el Dios latente en todos nosotros, que llamaremos elemento Superior. Dichos tres elementos, según leemos en los libros teosóficos, se descomponen en siete principios; pero este es un punto que no podemos delucidar aquí. Para la inteligencia de mi exposición nos basta recordar los tres elementos mencionados o sea: Personalidad, Ego o Alma y Espíritu o Mónada.

Ahora bien, la infinita mayoría de los mortales estamos normalmente identificados y vivimos como personalidades. Nuestras vidas diarias se desenvuelven alrededor de esta personalidad y nuestras actividades tienden a satisfacer sus exigencias. La religión, al despertar el sentimiento de que hemos hablado, nos hace dar el primer paso para desviar nuestra atención de nuestros intereses personales y la dirijamos a algo más elevado, que es nuestro Ego o Alma, y esta es la primera expresión del sentimiento religioso. Poco a poco, guiados por la religión, ese sentimiento va avivándose, hasta que la misma rigidez de las fórmulas y las erróneas interpretaciones de los encargados de difundir sus enseñanzas nos obliguen a buscar en otros campos fórmulas de expresión más satisfactorias. Pero la búsqueda es, por así decirlo, hacia afuera, y a causa de esto nos encontramos durante algún tiempo en un estado de conciencia en que no hay religión ni fórmula religiosa que nos satisfaga. Hemos tenido un vislumbre de nuestra Alma, pero no encontramos fórmula religiosa que nos la descubra. Es que toda fórmula religiosa que no nos conduzca, si se me permite la frase, a dentro de nosotros mismos, no tiene valor alguno. Porque el sentimiento religioso es algo interno, es la palpitación del alma que pugna por expresarse en nuestras vidas cotidianas, no en adoración ante un altar o ante una imágen.

Así el verdadero sentimiento religioso no puede expresarse en fórmulas religiosas en el sentido de dirigirse a una divinidad intangible. En el mejor de los casos, la fórmula religiosa no puede hacer más que avivarlo; pero su expresion, es decir, sus efectos deben ponerse de manifiesto en los actos de nuestra vida. El artista lo expresará en su arte, el cientista en su laboratorio, el filósofo en sus escritos, el educador en sus enseñanzas, etc. Y aunque ninguno de ellos quiera admitir el carácter religioso de su actividad peculiar, cuando tal actividad esté ejercida desinteresadamente por puro amor al prójimo, es más religiosa y más aceptable a la Divinidad que una vida entera de oración y contemplación.

De todas las manifestaciones del sentimiento religioso las que mejor lo expresan son las que implican el sacrificio personal en bien de nuestros semejantes. Aquellas en que, olvidándonos de nosotros mismos, tratamos de auxiliar a otros. Ningún placer es comparable al derivado del bien que hacemos a otros. Es el único en el fondo de cuya copa no encontramos el poso amargo que dejan todos los otros placeres del mundo. Es posible que antes de realizar un sacrificio personal tengamos que reñir una fiera batalla contra nuestro egoismo y nuestra inercia; pero una vez realizado sentimos una satisfacción íntima, una sensación placentera,

libre de amargores, cuyo recuerdo, sobre todo si sabemos mantenerla en el secreto de nuestro corazón, nos acompaña por mucho tiempo. Y es que el sacrificio es una de las leyes fundamentales del universo. Desde el mineral al Logos, todo responde a esta Ley; el mineral cediendo sus elementos a la planta. El Logos limitándose a sí mismo para que el universo pueda subsistir. De ahí que el servicio de la humanidad y el sacrificio de un individuo en bien de la colectividad hayan sido siempre las expresiones más elevadas del sentimiento religioso. El más glorioso ejemplo, que de ello tenemos, nos lo dió aproximadamente hace dos mil años el gran Maestro de Nazaret, el Cristo, el inspirador de la Gran Religión cristiana a la que, nominalmente al menos, todos nosotros pertenecemos.

El sacrificio a que me refiero no es el sacrificio cruento de su cuerpo físico en la Cruz, sino el otro sacrificio más sublime y más completo, realizado unas horas antes en Su última cena con los Apóstoles; el acto en que instituyó la sagrada Eucaristía y que la cristiandad reproduce diariamente en miles de altares. Aquel sacrificio voluntario, gozoso y absoluto, ofrecido y realizado sin reservas, es el que está redimiendo al mundo. Es el ejemplo perenne que el Gran Maestre de la Sabiduría, Señor de Amor y de Compasión, quiso dejarnos a fin de que el hombre, siguiendo Sus pasos, pudiera llegar un día a reconocerse a sí mismo por quien es: un Hijo de Dios, un Alma, una chispa divina desprendida del Padre, al que volverá algún día.

Remontémonos, si podemos, a dos mil años hace, y tratemos de imaginarnos la escena de la última cena, tal como debió desarrollarse. El Maestro, desde hacía algún tiempo, venía haciendo a sus discípulos indicaciones acerca de su próxima separación. Podemos imaginarnos a los doce, reunidos en el Cenáculo, al dar Él la noticia definitiva de la calamidad que les amenazaba. Cuán profundo debió ser el dolor de aquellos pobres pescadores, cuán grande su ansiedad, cuán inmenso el sentimiento de abandono, ante la terrible idea de su desamparo! No nos ha de ser difícil imaginarnos la tierna compasión del Maestro hacia aquellos humildes pescadores, que Él había elevado hasta Él y a quiénes había designado para propagar sus enseñanzas. ¡Con qué amor, con qué ternura trataría de animarlos y fortalecerlos a fin de que pudiesen realizar la grandiosa obra a que Él los había destinado! Porque el discípulo nunca ha de pensar en sí mismo, sino que ha de tener constantemente ante sí las necesidades del mundo. Les hablaría del amor y de la preocupación que sentía hacia ellos; de Su poder que les había de sostener y fortalecer en sus dificulta-

des. Finalmente debió explicarles el significado del Acto que iba a realizar, el Plan que Él ha ideado, el rito por el cual Su propio propio Ser, Su Presencia Viviente quedaría permanentemente en sus corazones y los mantendría unidos unos a otros en su común devoción a Él.

La solemnidad de aquellos momentos no es para descrita; pero uno se imagina que debió producirse un gran silencio en todo el universo, una quietud, una paz que transciende a toda comprensión; y en aquel silencio, en aquella paz y quietud, debieron resonar en toda su sublime dulzura las palabras del Maestro al bendecir el pan y el vino ofreciéndolos y repartiendolos a sus fieles discípulos, como Su propio Cuerpo y Sangre.

Este acto de sacrificio, que las iglesias reproducen diariamente en miles de altares es una de las fuerzas espirituales que sostienen a la humanidad en el largo peregrinaje que llamamos evolución. Esta misma institución de la Sagrada Eucaristía explica quizás la razón de que haya podido subsistir la gran religión cristiana, a pesar de los desmanes, crímenes, atropellos de todo género que en nombre de ella se han cometido durante los veinte siglos de su existencia. El sacrificio de amor realizado por el Maestro subsiste y subsistirá hasta que el hombre, siguiendo el noble ejemplo que le fué dado y comprendiendo que no podrá ser completamente feliz mientras exista un solo ser desgraciado en los ámbitos de la tierra, reconozca que todos somos hermanos y esté dispuesto a sacrificar su interés personal al bienestar común, dando de esta manera la expresión más perfecta del sentimiento religioso.

Si consideramos la religión como un proceso por medio del cual nuestra personalidad trata de someterse a los dictados del Guía Interno, llegaremos a la conclusión de que la expresión del sentimiento religioso no es cuestión de determinadas fórmulas o actitudes, ni ha de limitarse a ciertas horas o días de la semana, sino que ha de manifestarse en todos los actos de nuestra vida. Todo aquél que aspira a orientar su vida en sentido espiritual tropieza con la dificultad de que la educación que ha recibido en el hogar, en la escuela y en la iglesia no le ayuda a traducir o aplicar las verdades religiosas a la vida practica. Estamos acostumbrados a considerar el aspecto religioso de nuestra vida como distinto del de la vida del mundo, cuando en realidad no debiera ser así. Nuestra actitud con respecto a nuestra vida, sea en el terreno que sea, debería ser verdaderamente religiosa en el sentido de que deberíamos considerar como un deber verdaderamente sagrado el vivirla de manera que sea realmente útil para nuestros semejantes.

Ahora algunas palabras acerca de las ceremonias religiosas, su finalidad y sus efectos.

El concepto que generalmente se tiene de las ceremonias y de su finalidad es erróneo, y el error nace del prejuicio predominante acerca de ellas, aun de parte de aquellos que deberían estar mejor enterados. Como este concepto erróneo es muy corriente entre los teósofos; creo que no estarán de más algunas consideraciones al respecto. Por otra parte, los estudiantes de teosofía que aceptan la existencia de los Devas o Angeles, una clase de seres cuya evolución se desarrolla paralelamente a la humana, y que en un futuro no muy lejano ambas evoluciones, la angélica y la humana, han de cooperar mutuamente para acelerar el plan general de evolución del universo, deben tener muy en cuenta que las ceremonias, tanto religiosa como masónica, tal como la entendemos los que hemos estudiado un poco el asunto, son en sí mismas actos en el que esa colaboración está ya realizada.

¿Qué es una ceremonia? Es un acto en que ciertos pensamientos, palabras y acciones se combinan y coordinan para producir un efecto determinado, efecto que ordinariamente se produce en el plano de las fuerzas y a su tiempo en el plano objetivo. Si analizamos esta definición veremos que es aplicable a todas las actividades de la vida; por cuanto la esencia de la ceremonia es el orden y coordinación entre elementos disimilares. De manera, pues, que definiendo la ceremonia en términos corrientes diremos que es un proceso de creación, desarrollado de acuerdo con un plan determinado de antemano, es decir, de acuerdo con un cierto ritual. Si equiparamos «ritual» a «plan» y «ceremonia» al «desarrollo del plan» obtendremos una comprensión más exacta y práctica de lo que es una ceremonia.

Toda obra de creación, sea en el plano que sea, para llegar a realizarse exige un plan y el desarrollo de este plan. Ya se trate de un edificio, de una estatua, de un cuadro, de un producto manufacturado, de una explotación industrial, agrícola o comercial, su perfección depende enteramente de la fidelidad con que el plan de ejecución se haya seguido y de lo bien combinados y coordinados que estén los elementos (materiales, mano de obra, concepción artística, administración, etc.) que entran en su ejecución.

El principio es el mismo tanto si la ceremonia es religiosa, como militar, cívica o de cualquier otra naturaleza. Su efecto y resultados dependen de la precisión y coordinación de sus diversos elementos.

La ceremonia religiosa tiene por objeto principal el crear un centro de energía espiritual destinado a ayudar al mundo en su

evolución. Como objeto secundario tiene el de inducir, como la meditación, elevados estados de conciencia en quienes toman parte en ellos. Pocos de los estudiantes de teosofía necesitarán que se les demuestre la potencia del pensamiento inteligentemente dirigído. Si aceptamos esta potencia para el pensamiento individual, podemos imaginarnos cuánto más potente será el pensamiento colectivo proyectado en una sola dirección. De esta acción mental depende el mayor o menor efecto de una ceremonia. Los pensamientos, las palabras y las acciones de un grupo de personas combinados y coordinados han de ser necesariamente más potentes que los de un sólo individuo. Si admitimos que en ello cooperan los miembros de la evolución angélica, podremos imaginarnos el extraordinario poder para el bien de una ceremonia bien realizada.

Quienes hayan asistido a una ceremonia militar, la jura de la bandera, por ejemplo, cualquiera que sea la opinión que tengan sobre estas cosas, no habrán podido dejar de sentir un cierto algo interno difícil de definir al presenciarla. La formación de la tropa en el patio del cuartel, las voces de mando y la presentación de armas al aparecer la bandera, mientras la banda entona el himno nacional. Todo esto nos impresiona a pesar nuestro y nos indica que algo indefinible e invisible ocurre; que alguna fuerza no medida todavía por la ciencia está actuando en nosotros.

Algo por el estilo, aunque de orden más elevado, ocurre a quien, sin prejuicio ni en pro ni en contra, asiste a la celebración de la Misa, la ceremonia más importante de la iglesia cristiana.

En resúmen, las ceremonias religiosas, más que dar expresión al sentimiento religioso, tienen por objeto inducir en el individuo elevados estados de conciencia que vigoricen este sentimiento para que el individuo le dé expresión en los actos de su vida, que es de la única manera en que se puede expresar cumplidamente.

El egoismo es una mala yerba que el hombre no ha podido nunca desarraigar del jardin de la civilización. Si el botánico ha conquistado las puas del cactus, ¿por qué la humanidad no ha de poder conquistar al Egoismo, con un poco más de experiencia?

GENTE MISTERIOSA

Por el Rev. F. H. ALDHOUSE

Esta historieta recuerda la creencia, muy corriente en Irlanda, de que los sacerdotes y las hadas se entienden perfectamente cuando llegan a conocerse; uno no sabe muchas veces quienes son hadas y quienes no lo son; y que una bruja puede ser una muy excelente persona.—NOTA DEL AUTOR.

EL recuerdo de las cosas pasadas casi siempre es triste, pues cuanto más grandes hayan sido las alegrías del pasado mayor es el contraste con el presente. Los recuerdos son un deleite del pensamiento. La naturaleza en un bello día de otoño parece recordarnos el verano. La belleza del cielo y la luz del sol de aquél se parecen mucho a la de éste. Hasta las aves entonan los mismos cantos aunque ya no buscan su pareja ni construyen sus nidos; los días de otoño son más cortos y las masas de vapor forman nubes mas densas y sombrias que en los días del verano ya pasados. Las hojas han perdido la maravillosa frescura verde, que una vez fué suya. Verdad que tienen un nuevo atractivo porque en su follaje marchito se reflejan todos los matices de mil colores del sol poniente; pero la belleza de la caída del año es la belleza del declive, de la madurez que pronto será decaimiento. La edad tienen sus atractivos; pero es tan diferente de la juventud, como la gloria del sol difiere del radiante reflejo de la luna.

Esta belleza del otoño me recuerda a una de mis feligreses, a la Sra. Moran, una viuda con dos hijos, Freddy y Effie. Para su edad, la Sra. Moran era extraordinariamente hermosa. Aunque probablemente no pasaba de los cincuenta, su cabello era blanco como la nieve y aparentaba mucha más edad. Sus hijos se distinguían de los de su edad por su extraordinaria belleza y eran los de mejor conducta de todos los niños de la parroquia. Vestían bien y siempre iban limpios. Rebosaban salud y no recuerdo que jámás hayan tenido un solo día de enfermedad; eran muy alegres y despiertos, pero había algo casi etéreo en su buena apariencia, en su airoso andar y en su constante sonrisa gentil.

Los otros niños de la escuela habían notado esto y llamaban a

Effie, «Elphie» (Duende) y a Freddy, «Fairy» (Hada) Los nuevos nombres parecían tan apropiados, que las personas mayores pronto se acostumbraron a llamarlos así. Hasta su misma madre, cuando hablaba de ellos a otras personas, les daba los mismos nombres. No obstante, a pesar de su mayor refinamiento y de sus diferencia con los otros niños de la escuela, nunca fueron mortificados. Por el contrario, tanto los maestros como los niños parecían sentir un extraño respeto hacia ellos.

Ambos eran extraordinariamente inteligentes y ocupaban los primeros puestos, tanto en las clases como en los juegos. Sin embargo, terminada la clase, nunca se entretenían en la calle sino que se iban inmediatamente a su casa.

Según oí decir, el padre de los niños había sido un oficial de la reserva y la Sra. Moran gozaba de una buena pensión; además había recibido una pequeña herencia, de modo que el hogar de los Moran era cómodo y tenían un buen pasar, pues satisfacían todas sus necesidades y se podían permitir algunos lujos que pocos de sus vecinos tenían.

Aunque la Sra. Moran no era insociable, mantenía cierta reserva; pero gozaba de excelente reputación, al punto que todos anhelaban estar en buenas relaciones con ella.

Tenía una maravillosa mano para curar toda clase de enfermedades, sea de los humanos o de los animales. Se decía que sus gallinas, que eran los únicos animales que criaba, nunca se morían y siempre que se le pedía, se encargaba de curar todas las enfermedades misteriosas que aflijían a las aves de los vecinos. Era voz corriente que si ella llegaba a tiempo la cura era segura. Verdaderamente poseía «mano de santa».

Yo consideraba a los Moran, madre e hijos, como modelos. La madre nunca murmuraba, los niños nunca hacían diabluras ni eran propensos a ellas. Concurrían asiduamente a la iglesia. Pero por entonces ocurrió una cosa extraña.

La esposa de un granjero—una mujer bien educada—me aseguró positivamente que la Sra. Moran era bruja. Al principio me reía de buena gana de la Sra. Mulcabry y traté pacientemente de hacerla ver lo absurdo de su idea.

Pero como ella insistiera, me amosqué un poco y tuve gran dificultad para contenerme y no decirla claramente lo que pensaba de ella y de sus calumnias.

«Dios la perdone, Sra. Mulcabry», le dije, «¿es posible que en este siglo veinte, alguien que no sea una vieja chocha y una comadre en estado de decrepitud mental, pueda decir tales cosas? Por fortuna no se lo ha dicho usted a nadie más que a mi, su

párroco. ¿No sabe que la pueden perseguir por calumnia e imponerle una fuerte multa? Aunque el manicomio puede que sea su más probable destino.»

Pero la Sra. Mulcabry no es intimidó por esto.

«Realmente, padre,» dijo, «como le decía, el cochinito estaba echado dando sus últimas boqueadas, cuando ella vino, se arrodilló a su lado y le sopló. ¡No hizo más que soplarle! Si hubiera sabido que iba a hacer tal cosa, nunca la hubiera dejado que se acercase a la pocilga. ¡Si a lo menos le hubiera dado algún remedio cristiano como cualquier ser humano hubiera hecho! Como sabía que ella entendía de estas cosas pedí su ayuda. Sí, padre, le sopló y pronunció unas palabras que, gracias a Dios, no pude oir y el cochinillo dió un salto y corrió a comer. Le aseguro, padre que no es mentira lo que le estoy contando.

«Váyase Sra. Mulcabry y esté agradecida de tener una buena vecina,» y añadí: «Rece un rosario esta noche y pida a la Madre de la Misericordia que le enseñe con su ejemplo a tener un corazón puro. Usted no tiene ni caridad ni gratitud por lo que veo. Gente como usted no merece ayuda.»

La Sra. Mulcabry quedó sorprendida de mi enojo, que no pude ya ocultar; murmuró algo y salió rápidamente. Yo mismo salí a tomar un poco de aire bajo los rayos plateados de la luna de otoño, que iluminaba el atardecer como si fuera de día. Caminé largo rato y sin darme cuenta me encontré a la vista de la quinta de la Sra. Moran. Se me ocurrió que ya que había llegado tan cerca, sería conveniente decirle unas palabras para advertirla que fuera más cuidadosa al tratar de curar animales, sobre todo si sus dueños eran tan mal pensados y supersticiosos como yo había podido descubrir.

Acababa de llegar a la cumbre de la colina, desde donde se dominaba el jardín de la casa. Observé que Elphie y Fairy estaban con su madre fuera a la luz de la luna. Pero, ¿que era esto? Los niños estaban jugando a la pelota y al lanzarla al aire esta volaba y los niños *¡volaban* tras de ella! ¡No saltaban sino que *volaban* realmente! Me restregué los ojos hasta dolerme. Me pellizqué; ¡no había equivocación! Sentí una sensación extraña de gozo ante la gracia de sus movimientos, a la vez que un temor encogió mi corazón : el temor de lo sobrenatural, tan viejo como el hombre mismo. Por fin conseguí serenarme.

Pasando tras unos árboles que ocultaban la quinta a mi vista, di la vuelta por el camino y llamé la puerta. Después de una corta espera se abrió la puerta. Fairy tomó mi sombrero y Elphie, tomándome de la mano, la apretó contra su tibia mejilla y me

condujo al sofá, donde me senté. Un minuto después entró la Sra. Moran.

«¿Quiere usted decir a los niños que vayan a la cocina?» le dije a la señora. «Me gusta mucho su compañía, pero tengo algo que decir a usted privadamente.»

«¿Como no padre?» dijo la Sra. Moran; y dirigiéndose a los niños les dijo: «Vayan, niños, ya les llamaré dentro de un momento.» Después dirigiéndose a mí, dijo sonriendo: «Ya sé lo que usted ha visto, padre, como sé también lo que va a decir».

«Sra. Moran,» dije, «¿es posible que usted admita que es una bruja?»

«Sí, realmente y lo digo con orgullo. Soy una reina en un estado y nada más que una mujer en el otro», contestó la Sra. Moran dirigiéndome una sonrisa burlona, aunque bondadosa.

«¡Una bruja!» yo repetía «¡Oh mi dios! ¡una bruja!»

«Hay brujas y brujas, padre Joyce, yo soy una bruja blanca», «replicó. ¿Que tiene usted que decir en mi contra? Yo nunca he sido su rival. ¿He alejado nunca a la gente de su iglesia? ¿Les he enseñado algo que pueda llamarse malo? He curado a grandes y chicos; lo mismo que a las bestias y nunca he cobrado nada por ello. Mis dos niños hadas son un ejemplo en la escuela. Me debía Vd. estar agradecida y dar gracias a las potencias a quienes usted sirve de que yo esté aquí.» Y me miró a los ojos con los suyos en los que ví brillar luz.

«Pero ¿para que usar medios no naturales? insistí. ¡Yo creía que usted era un alma digna! ¡Oh señora! abandone sus malas artes. Le ruego que renuncie a sus poderes y le prometo guardar el secreto.»

La Sra. Moran me habló en tono casi de conmiseración y replicó. «Usted mismo, padre Joyce, trata de ponerse en contacto con el mundo supernatural. No siempre lo consigue, aunque reconozco el poder de los sacramentos. Si yo tengo éxito donde usted falla y me pongo en comunicación con quienes usted no puede ver y libremente ayudo al pobre, al enfermo y ayudo a los seres inferiores, manteniendo al mismo tiempo amigables relaciones con usted y con lo que usted representa, ¿por qué se ha de disgustar conmigo? ¿Es su ojo malo porque yo soy buena, como dice su propio libro de rezo? Trabajemos juntos por el bien, tal como lo entendemos. Pero, ya sé que pido este razonable compromiso en vano!»

Di un salto y grité, «¡Tiene usted razón!» «¡Una bruja en mi parroquia! Bien, ya veré lo que se hace.»

La Sra. Moran llamó a los niños y Fairy y Elphie vinieron en

seguida; pero, ¡que cambiados! En sus hombros tenían alas como las de las libélulas. Sus ojos brillaban como estrellas. Sus ropas de campesino habían desaparecido y en sus cabezas llevaban pequeñas y chispeantes coronas. Antes de que pudiera evitarlo, o llamar al cielo en mi ayuda, los niños y la madre me habían tomado de las manos. Empezamos a bailar; mis pies se movían independientemente de mi voluntad girando y revoloteando como esos remolinos de polvo que forma el aire en primavera.

Salimos de la casa y penetramos en la arboleda. De cada arbol descendía algún hermoso y brillante ser que se unía a nuestra danza giratoria, de modo que nuestro círculo crecía y crecía sin dejar de bailar nunca. Arriba y adelante. Ascendiendo y descendiendo, pasamos girando sobre el pueblo y llegamos a la región de las hadas. Seguiamos girando y por mi parte ya había perdido el deseo de abandonar la danza mágica. Estaba como embriagado y en éxtasis. Tengo que confesarlo. Danzamos hasta que la luna se hundió en el horizonte y rompió el día trás las colinas del oriente. De pronto el círculo se desgranó y no quedamos más que la Sra. Moran, Elphie, Fairy y yo.

«Que le vaya bien, padre Joyce,» dijo la Sra. Moran, «esta noche ha conocido usted ese gozo que es más antiguo que las montañas. Usted es bondadoso y bien intencionado; aunque de criterio muy estrecho. ¡Tan estrecho! Donde hay gozo hay salud. Usted y yo hemos estado con nuestros hermanos y hermanas, cuyas vidas son felicidad; cuyo contacto cura. Ellas encarnan todas las bellezas de la naturaleza. Piense bondadosamente en ellos; si no quiere pedir su ayuda, que siempre prestan gustosos. Los ángeles están siempre anhelosos de ayudar a la triste y tétrica raza humana».

«Adios, padre Joyce,» dijo Elphie, y me dió un beso. «Le doy las gracias por el premio que me dió por recitar el catecismo. Yo hubiera podido enseñarle un catecismo más maravilloso; pero usted nunca lo hubiera aprendido.» y movió su bella cabecita.

«Adios, padre Joyce,» dijo Fairy y su pequeña mano sacudió la mía una docena de veces. «Usted me ha tratado siempre con cariño y me regaló seis peniques porque le ayudé muy bien la misa en la Navidad pasada. Mire tengo los seis peniques en esta cadena colgada del cuello y siempre me acordaré de usted y le ayudaré si puedo. Venga alguna noche a esta arboleda; tenga valor y baile con nosotros.»

Nunca supe como llegué a mi cama; pero bajé a tomar mi desayuno muy descansado y mejor de lo que me había sentido desde hacia muchos años. Cuando mi ama de llaves me llamó me dijo,

«Sabe usted, padre, la Sra. Moran y sus niños se fueron inesperadamente ayer. Se dice que se han hecho ricos. Eran gente muy agradable, pero misteriosa. Alguna gente creia que Elphie y Fairy merecían sus nombres, porque eran verdaderas hadas.

Todo lo que dije fué: «Siento que se hayan ido, todo el pueblo lo ha de sentir.»

(Traducido de «The Liberal Catholic»)

La revelación del super-instinto

El hombre civilizado, después de agotar, por la conquista de su bienestar las fuerzas de la inteligencia, reencuentra las del Instinto, olvidadas desde remota edad, abriendo sus facultades a la Intuición, suprema experiencia.

El intelecto ha sido el miraje engañoso en que se movilizó el pensamiento, limitándose, sujetando al hombre en la objetividad de las obras humanas. Así se nos fué cerrando el camino de nosotros mismos.

La Intuición, enriquecida por el Instinto, del que se ha asimilado los infalibles medios, permite ahora al alma extender sus raices en el universo. El hombre siente la seguridad de su equilibrio en medio de la creación. Ya no es un organismo automático o aislado, sino que percibe la infinita belleza de las vibraciones de las que es a la vez emisor y perceptor.

Y comprende que su grandeza definitiva resultará no tanto de su esfuerzo triunfal sobre los elementos como de su voluntad atento en dejar penetrar en el las influencias que lo circundan.

MEYNARD

INFORMACIONES

Congreso Teosófico Suramericano.—Del 12 al 16 de abril próximo pasado, se celebró en Santiago de Chile el III Congreso Teosófico Suramericano, el cual ha alcanzado un gran éxito.

Gracias a los activisimos trabajos del hermano Armando Hamel, Secretario de la S. T. de Chile y de sus colaboradores, ha sido posible reunirlo con asistencia de representantes de Chile, Argentina, Perú, Uruguay y Brasil. El Paraguay y Bolivia, debido al lamentable estado de guerra en que se hallan empeñados ambos países, no han concurrido. Las Logias peruanas estuvieron representadas por los hermanos Dr. Carlos A. Stoppel, ex Secretario General de la S. T. Argentina, y don Jorge Torres Ugarriza, antiguo miembro de la logia «H. P. B.», actualmente residente en Chile, por motivos políticos.

Por noticias particulares sabemos que el Congreso de la Federación Teosófica Suramericana congregó en Santiago de Chile entre otras personalidades prestigiosas del movimiento teosófico hispano americano a la Sra. Julia Acevedo de la Gamma, Secretaria de la Federación, al Dr. Honorio Folquer, Secretario General de la Sección Argentina de la S. T., a la Dra. Susana Lapacó, y al Sr. José M. Olivares, Presidente de la Biblioteca Teosófica Argentina.

Los delegados al Congreso, venidos en representación de los teósofos de Argentina Brasil, Perú y Uruguay fueron en número de unos treinta los que fueron espléndidamente agasajados por los hermanos chilenos, en la forma que puso de manifiesto la legendaria y nunca suficientemente ponderada cordialidad chilena.

El Día del Loto Blanco.—Como ya es costumbre tradicional las Ramas de la S. T. E. de Barcelona, se reunieron el día 8 de mayo, bajo la presidencia de la Vicepresidente Sra. D.ª Esther Nicolau de Torra, para celebrar la fiesta del Loto Blanco en conmemoración de la desencarnación de la Sra. H. P. Blavatsky.

Este año se celebró la fiesta en el nuevo local de la Rama Arjuna, con asistencia de miembros de dicha Rama y de las Ramas Barcelona y Aquarius. El acto lo inició la Sra. Nicolau de Torre con un corto parlamento explicando el significado de la fiesta que se celebraba, a la que siguió la lectura de un trabajo de D. Ramón Maynadé, trabajo que publicamos en otro lugar de este número. Hizo también uso de la palabra D. Ricardo Crespo en nombre y representación de las Ramas Barcelona y Aquarius, cerrándose el acto con la lectura del Gran Sermón de Buda, trozo tomado de la «Luz de Asia», y otro trozo del «Bhagavad Gita» que son de rigor.

Entre parlamento y parlamento, el trio Roses ejecutó selectas piezas de su extenso repertorio de música clásica.

En Palma de Mallorca.—La Rama «Ramón Llull» de Palma de Mallorca celebró también con gran solemnidad la fiesta del Loto Blanco en la fecha consagrada, a la que dió carácter público de propaganda tesófica.

En el programa figuraba la recitación de poesías alusivas y exposiciones sobre la obra y enseñanzas de la Sra. Blavatsky, por D. José Sitjar. Don Damián Garau habló sobre la personalidad de la misma y la fundación y desarrollo de la S. T. en sus primeros tiempos a lo que añadió una exposición de los tres objetos de la Sociedad Teosófica. Siguió a esto un parlamento de D. Jacinto Torrandell y un resumen por don Fernando Redondo, Presidente de la Rama.

Como nota de interés citaremos la publicación de la reseña muy detallada de la fiesta en el quincenario republicano «Justicia» de Palma de Mallorca, lo cual constituye una excelente propaganda para la Sociedad Teosófica y para los ideales que difunde.

Vaya nuestra sincera y calurosa felicitación a los hermanos de Palma de Mallorca por la intensa labor que realizan y por el prestigio que han conseguido dar a su Rama.

Carta del Perú.—Nuestro hermano H. B. Checa Drouet, corresponsal en Lima (Perú), nos trasmite los siguientes datos sobre el movimiento teosófico en aquella República hermana, representado actualmente por la Logia «H. P. B.» de aquella capital.

La Logia «H. P. B.» fué fundada el 1.° de junio de 1924, por los hermanos Ing. Gustavo E. Riofrío, José Pacheco Ochoa, (español), general Francisco La Rosa Villanueva, Nicolás Birimisa (fallecido), Emilio Traverso, J. Alberto Rosell, Felipe M. Boixett, Alfonso Berdelli y Alfonso Revoredo Iglesia, presentes en su primera sesión de instalación.

De entonces a la fecha, se ha iniciado en esta Logia cerca de 250 M. S. T., y de allí han salido grupos y logias que han ido desapareciendo. Actualmente solamente subsiste la logia «Jinarajadasa», hija de «H. P. B.», fundada en 1931, y que funciona en el mismo local.

En el período de 1930 a 1931, la logia «H. P. B.» alcanzó el número máximo de miembros activos, o sea de 56. En su local y bajo sus auspicios se fundó el 17 de abril de 1929, la Sección Nacional Peruana, presidida y fundada por nuestro querido hermano C. Jinarajadasa, de muy grata recordación en el Perú. Desgraciadamente la Sección habrá de convertirse en una Agencia Presidencial, dado que no ha sido posible mantener activas las siete logias que necesita para su existencia legal. En lo cual hemos de seguir el ejemplo del Paraguay.

La logia «H. P. B.» cuenta en la actualidad con 26 miembros activos de ambos sexos.

El local que ocupa es el tercer piso de la casa situada en la calle

más céntrica de Lima, en la plazuela de la Merced. Como es demasiado extenso para ella subarrienda varios de sus departamentos: uno a la Logia Co-Masónica «Igualdad» n.º 636, fundada por el hermano Jinarajadasa; otro para el Supremo Consejo Grado 33, y otro para una logia Capitular del rito escocés. En el piso inferior, o sea el segundo, funciona la Gran Logia del Perú y la Mayoría de las logias masónicas. El ambiente que reina en dicha casa, puede deducirse por sus ocupantes. Sin duda está protegida por un poderoso deva, pues el continuado ceremonial que allí se desarrolla, ha de atraer una gran fuerza espiritual.

Recientemente, la logia en pleno eligió el nuevo presidente para el período de abril de 1933 a igual fecha de 1934. Dicho presidente es el Ing. Samuel Palacios Gálvez, quien de conformidad con los Estatutos y Reglamento interno de la Logia, eligió de su propia voluntad a sus colaboradóres en el orden siguiente:

Vicepresidente:	H. B. Checa Drouet, Vice-Cónsul del Ecuador.
Secretario	H. Saul Moore.
Tesorero	H. José Cadenas (español), reelecto.
Orador	H. Dr. Enrique Rojas Moreno (Subdirector de la Biblioteca Nacional).
Bibliotecario	Ing. Gustavo E. Ríofrio (Presidente saliente).
Vocal	Hna. Bertha Ríos Nogales (reelecta).

Los nuevos directivos tomaron posesión el viernes 21 de abril.

En el programa de acción la nueva J. D. figura la adquisición de un gran número de obras de Teosofía para enriquecer su biblioteca.

Un ocultista puede producir fenómenos, pero no puede proporcionar al mundo cerebros, ni la inteligencia y buena fe necesarias para entender y apreciar tales fenómenos.

H. P. BLAVATSKY

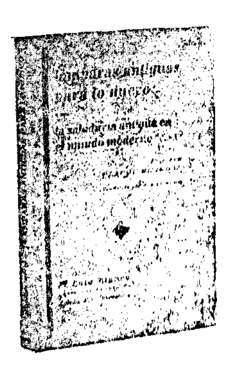
Imprenta de Joan Sallent. - Sant Quirze 32 i Jovellanos, 26, Sabadell

EDICIONES DE

EL LOTO BLANCO

(AHORA TEOSOFÍA)

Apartado de correos 964 — *Barcelona (España)*



LAMPARAS ANTIGUAS PARA LO NUEVO

O SEA

LA SABIDURIA ANTIGUA EN EL MUNDO MODERNO

POR

CLAUDE BRAGDON

Traducido del inglés por D. Julio Garrido

Esta obra es una copilación hecha por su autor de una serie de ensayos; unos ya publicados en distintos periódicos y otros nuevos. El autor, teósofo por sentimiento y por conocimiento, posee la rara cualidad de saber hermanar en su carácter los rasgos del cientista con la inspiración del artista. Producto de tan distintas actividades son estos ensayos, en los que las antiguas verdades, las que permanecen inmutables a través de las sucesivas civilizaciones que se las han apropiado, sirven de marco a la visión moderna de la vida y sus manifestaciones; casi mejor diríamos de lente analítica que penetra en la forma transitoria para descubrirnos el misterio de la Verdad que subyace oculta en toda manifestación.

El sistema seguido por Bragdon para lograr su objeto, sin cansar al lector que, en general, es poco amante de abstracciones metafísicas, consiste en poner en contraste las conquistas de la ciencia con las afirmaciones del ocultismo; las inspiraciones artísticas con la revelación íntima de la mística práctica y las sutilezas del sentimiento con los jalones del «angosto sendero». Y todo expuesto en forma tan acertada que ni el cientista materialista, ni el mas puritano teósofo, como tampoco el artista más refinado encontrará la más pequeña objeción que hacer a lo dicho por Bragdon.

Contribuye al valor del libro la esmerada traducción que Don Julio Garrido ha hecho del original inglés.

Un volumen de 194 páginas, ilustrado con hermosos grabados, encuadernado en rústica.

Diríjanse los pedidos y giros a:

BIBLIOTECA ORIENTALISTA

Apartado de correos 787 — *Barcelona (España)*